

LUIS Y REGINA,

NOVELA ORIGINAL

POR

DON ANTONIO MARIA DEL VALLE Y SERRANO.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1871.

86
5 P. 1
202

LUIS Y REGINA,

NOVELA ORIGINAL

POR

DON ANTONIO MARIA DEL VALLE Y SERRANO.



MADRID,
IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 8.

1871.

R. 15777

LIBROS Y REVISTAS

LA BIBLIOTECA

1904

CONSEJO DE ASESORES DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

OTROS

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECA

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECA

OTROS

LUIS Y REGINA,

NOVELA ORIGINAL.

INTRODUCCION.

Hace tres años, vecino mio de cuarto en una fonda de Aguas Buenas, vivia un jóven, con quien me unió pronto secreta simpatía. Era alto, delgado y de carácter melancólico. Acompañábale un criado, que todos los días tenía que recordarle la hora de tomar el agua y áun así la bebia sin fe, distraido, como quien cumple con una obligacion penosa. En cambio, gustábale mucho dar grandes paseos por los sitios más solitarios y agrestes, á que yo le acompañaba con frecuencia. En ellos hablábamos de artes, de ciencias, pocas veces de política, y nunca de su vida é historia, porque siempre que yo tocaba á ella me interrumpia con sonrisa triste, variando de conversacion. En todo lo demas mostrábame su parecer con franqueza, y casi siempre concordaba con el mio. Así es que pronto abandonamos toda otra sociedad, y miéntras los demas bañistas distraíanse oyendo la música en la plaza central, nosotros elegíamos de paseo, ora los caminos sinuosos de la montaña de Gourzy, ora la salida hácia Laruns, penetrando á veces en el estrecho desfiladero que va á Aguas Calientes. Por fin, llegó el dia de separarnos. Él habia acabado su temporada de aguas, y volvíase á una casa de campo que tenía en el Norte de España. Le acompañé hasta el coche, y ántes de partir me apretó la mano, diciéndome con

voz conmovida : «Es triste separarse tan pronto, y probablemente para siempre, de quien se interesa por uno; pero, ya que es preciso, al ménos espero enviarle noticias mías como última memoria.»

Despues no le he vuelto á ver nunca; pero el año pasado recibí un pliego y una carta. En ésta el pobre jóven se despedía de mí y me entregaba el siguiente manuscrito, que era lo que más estimaba; porque, decia, ninguna mano amiga tengo á quien confiarlo más que usted. Yo ántes de darlo á luz he dudado mucho. Si ahora lo publico, es con la esperanza de que el que lo lea dedicará un recuerdo y una oracion á mi amigo.

PÁGINAS DE UN MANUSCRITO.

Solo y aislado en el mundo, sin una voz amiga que me consuele, sin un sér que recoja y seque mis lágrimas, comienzo este libro. Cuando la tristeza ahoga, y se vuelve la vista por todos lados sin encontrar otra cosa que indiferencia, dichoso el que sabe escribir. En una hoja de papel se imprimen nuestros sentimientos, y la pluma, al expresarlos, llora con nosotros cuando todos los demas callan. Sólo ante Dios juro que ninguna mentira manchará estas páginas. En ellas derramaré mis impresiones, mis desgracias y áun mis placeres, si es que los siento alguna vez, aunque no los espero, pues ya me parece la vida demasiado larga y triste. Desde los catorce años soy huérfano; á mi padre no le conocí y á mi madre Dios se la llevó cuando cumplí esa edad. Mucho lloré al perderla, pero nunca bastante, pues cada día la echo más de ménos. Su recuerdo es el único dulce y tranquilo que me queda. Áun ahora mismo la palabra *madre* se escapa de mis labios. Pero la llamo en vano, no contesta, está muy léjos y ni áun me es permitido ir á buscarla.

¡Dios mio, es posible que nunca una madre se separe de su hijo!

Pero el tiempo no pasa en balde; las penas pequeñas se cicatrizan andando los años, y las grandes cambian sus efectos. Al llanto sucede la tristeza, y á la desesperacion la melancolía. Aquellos recuerdos que al principio de la desgracia matan, luego son nuestro contento y vida. Por eso ahora recordando á mi madre paso muchas horas, y sólo así me consuelo. Despues que murió, mis demas parientes poco á poco me fueron dejando solo : lo comprendo; tenian sus hijos y esposas, que ocupaban todo su corazon. Luégo mi tutor fué mermando mi capital y abandonó su cargo. Entónces ya perdí un amigo y una ilusion; en cuanto al dinero, más vale una palabra de verdadero cariño. Aún conservaba mi mayor tesoro : la casa de mi madre y su jardín. Allí estaba el banco de piedra donde tantas veces se sentó á mecirme sobre sus rodillas, el reclinatorio adonde tantas otras la sorprendí rezando por mi felicidad, la mesa donde comia á mi lado, hasta la cama donde murió..... Cada habitacion era un santuario de mis recuerdos, cada mueble atraia mi respeto. Yo no habia permitido que nada variase de sitio desde su muerte, y mi mayor gusto era sentarme junto á una gran ventana, en la misma silla en que ella acostumbraba á leer para descansar de los cuidados de la casa.

Pero llegó un dia funesto, en que uno que se atrevia á llamarse pariente mio me arrebató esta casa para fundar sobre sus ruinas una fábrica. De nada sirvieron mis ruegos, mis lágrimas, ni aún mis amenazas. Por primera vez registré títulos, escrituras, y promoví un pleito, que vi fallado en contra mia. Entónces le ofrecí dinero, tierras, todo lo que quisiese en cambio de aquella casa, que era mi único consuelo en la tierra; pero se negó á todo, porque el lugar le pareció á propósito para su intento. Medio loco de dolor, tuve que abandonar aquellos lugares y me vine al pié de Sierra Morena, á un cortijo, adonde

he trasladado todos los muebles de mi madre y acabo de reedificar mi habitacion bajo el mismo plano que la que abandoné. En este desierto pasaré mi vida ignorado é ignorante del mundo. Aquí seguiré apuntando en este libro todos mis pensamientos, esperando el dia que mi último suspiro concluya sus páginas.

II.

¡Qué injusto es el hombre! Yo me creía desgraciado para siempre, porque lo he sido hasta ahora, sin comprender que la providencia del dolor hace brotar la felicidad, como del crimen á veces resulta cumplirse su justicia.

Hace un mes que vivo completamente solo en mi nuevo albergue. Esta mañana, apénas el sol doró este valle, salí de casa, aprovechando la alegría del campo. El dia estaba hermoso. Los rayos del sol, débiles aún para absorber el rocío de la noche, hacian brillar las gotas de agua depositadas en las hojas de las plantas como estrellas caidas. El viento suave refrescaba mi frente, aumentando la vida y las ideas. Ya los pajarillos daban principio á sus tempranos cantos. Ya tambien á lo léjos veia marchar tranquilamente las yuntas y los rebaños hácia las tierras donde el labrador encuentra su esperanza. Si yo fuera poeta, hubiera cantado lo que veia; pero no lo soy, y me contenté con sentir. No llevaba direccion fija, marchaba al acaso, porque todo, el monte, la llanura, el bosque, era á cual más bello. Poco á poco fuí dejando atras mi casa, internándome por la primera senda que hallé. Luégo vi un camino, le seguí, y despues de andar como una media legua, me encontré en otro valle, con nueva decoracion por horizonte, nuevos campos por alfombra y nuevas casas por monumentos.

A poco oí detras de un seto que bordeaba el camino una voz dulce y triste, que cantaba con ese melancólico sentimiento que tan bien sienta en una boca andaluza. Las palabras eran tan

tiernas como sencillas; una niña que se lamenta de la muerte de su madre. «Ya no me dormiré, decía el canto, sobre sus rodillas, lavando mi cara con sus besos. Ya su amor santo no podrá guardarme contra los peligros que el mundo arroja á los pequeños. Sólo podré llorar, y si Dios fuera bueno conmigo, pronto me enviaria la muerte para reunirme con mi madre en el cielo.»

Yo me detuve, temblando de emoción, porque aquellas palabras me llegaban al alma con su candoroso sentido. Creí que se dirigían á mí; que lloraban conmigo la muerte de mi madre, que sólo conocía por mis sueños. Sin sentirlo mil lágrimas salieron de mis ojos y llorando caí de rodillas. Entonces cesó el canto y una cabeza asomó entre la enramada. Era de una joven tan bella como nunca había visto; sus rubios cabellos, cayendo en trenzas por sus hombros, hacían resaltar más con su dorado color dos ojos negros, cuya mirada era tan dulce, que atraía como la de un niño amado. A mí me pareció un ángel que de parte de mi madre me llamaba, y uní tanto mi vista con mi recuerdo, que me olvidé de la tierra que me sostenía, del aire que me rodeaba y hasta de mí mismo; de todo me olvidé menos del canto y de mi ángel. Temiendo despertar, tendí los brazos hacia ella y cerré los ojos para no ver desvanecerse tan dichosa imagen. Un momento después sentí el contacto de unas pequeñas manos que golpeaban las mías para darlas calor, y de un dulce aliento que me acariciaba tibio y perfumado, difundiendo un inexplicable bienestar por mi cuerpo. Abrí los ojos y vi á mi ángel de rodillas, mirándome con cándida sorpresa. «Gracias, gracias», la dije débilmente apenas pude pronunciar una palabra. Entonces noté en su rostro la más viva alegría, y oí su voz. «Ánimo, señor, que esto no es nada», me dijo. Sentíame volver á la vida, dichoso con aquella solicitud, que antes sólo adivinara. Luego con un suspiro deseché el resto de mi desfallecimiento y me levanté con trabajo, ayudándome ella. «Ven-

ga usted, dijo con su dulce voz; apóyese usted en mi brazo, que cerca de aquí está mi casa, donde podrá descansar.» Yo la seguí, y pronto llegamos á una casita, á cuya puerta un hombre leía. Sentéme á su lado, y la jóven se colocó á los piés de su padre. El anciano sonrió al contacto de su hija, y cogiendo su hermosa cabeza rubia con sus descarnadas manos, la besó en la frente y despues la recostó sobre sus rodillas. Yo miraba aquella escena cariñosa con el respeto que inspira la vejez guardando á la inocencia. En la fisonomía enérgica y acentuada del padre se retrataba la voluntad, que á nada se doblega, de guardar aquel tesoro, y en el sencillo abandono de la jóven leíase la absoluta fe que en la firmeza de su padre tenía. Fuí, pues, acogido sin desconfianza ni prevencion, á pesar de ser un extraño. A poco yo, que necesito tanto de la dulce expansion del sentimiento, les conté mi vida pasada. Aquellos aldeanos, tan sencillos como los pajarillos que revoloteaban sobre nosotros, me inspiraban un interes que hasta entónces nadie habia merecido de mí. ¡Para qué formar pueblos y ciudades, si en el campo se encuentra lo que en ellos se busca en vano: corazon y sentimiento! Allí podía hablar, porque sus lágrimas respondian á mis dolores. Su interes al oír de mi boca mis desgracias me alentaba para continuar quejándome, pues era escuchado, cual nunca lo fuí, con el corazon. Luégo, á su vez, me contaron su tranquila y dichosa vida. Habitaban en aquella casita desde su niñez, y el resto del mundo ni les era conocido ni envidiado. Su pobre jardín era el teatro de su pasado y la esperanza de su porvenir. Las flores que criaba eran su adorno, y los frutos su sustento; tenían un pequeño ganado y algunas fanegas de tierra arrendadas á labradores, que más que dueños, veían en ellos el consuelo de su pobreza. «Nos distraemos, me dijo sencillamente el padre, en descubrir y remediar los trabajos de nuestros vecinos, y si no tuviéramos esta ocupacion, no sabríamos qué hacer en esta soledad. Regina, continuó señalándome con un beso á su

hija, me cuenta las necesidades de los que me rodean, y así yo, que apenas valgo ya para nada, puedo satisfacerlas. Por eso cuando vienen agradecidos, les envío á mi hija y sobre ella caen sus oraciones. A mí me basta, en el poco tiempo que me resta vivir, con el amor de mi ángel y la bondad de Dios. Ella, que es jóven y áun tiene que peregrinar mucho por el mundo, necesita ayuda y buenos deseos, porque en esta tierra la buena voluntad de los unos pesa mucho en la suerte de los demas.

Regina escuchaba á su padre con los ojos bajos y las mejillas encendidas. Cuando alzó la vista, dos lágrimas cayeron sobre sus manos enlazadas; lloraba en silencio sin gemidos ni amargura, como se llora un temor lejano cuando un bien se posee. Las palabras de su padre la entristecieron, pero Dios es tan bueno, que no podia desampararles. Estos sentimientos leia yo en aquella hechicera fisonomía, demasiado sencilla y á la vez inteligente para ocultar sus impresiones, como puede leerse en nuestra propia conciencia. Por eso no me sorprendió el ver un minuto despues á sus negros ojos desechar aquel velo de tristeza, y aparecer juguetones y alegres como el sol cuando destierra las nubes; su sonrisa, melancólica un momento ántes, tornarse en dulce y apacible, y aquella turbacion que enrojeciera sus mejillas convertirse en el risueño tinte de la rosa á quien el sol acaricia y el agua regenera. Con la locura del cariño abrazó y besó á su padre, y yo, envidioso quizás de aquel anciano, me despedí para no turbar con mi presencia aquella escena del cielo en la tierra. Ántes de doblar la colina que me iba á ocultar su casa, oí su dulce voz, que me despedia cantando la misma cancion que tanto me impresionaba. Volví la vista atras, y mis ojos la enviaron todo mi agradecimiento.

De vuelta á mi casa escribo para retener más tiempo tan dulces impresiones. Quizás he encontrado ya lo que con tanto anhelo he buscado hasta hoy inútilmente: amor y virtud, pureza é inocencia. Dios mio, si me engañara, quisiera no saber

la verdad, porque es tan dulce creer en el bien, que á un nuevo desengaño prefiriera la muerte.

III.

No me engañé; Regina es buena y compasiva; quince dias hace que la conozco y ya adivino lo que es la dicha. Esta niña y su padre llenan poco á poco, con la amistad que me profesan, el vacío que he encontrado hasta ahora por todas partes. Los gustos de Regina son los míos, sus pensamientos se confunden muchas veces con mis pensamientos, y á su lado siento más la belleza y creo más en la virtud que cuando estoy solo. Sin embargo, es tan tranquilo y dulce el cariño que la tengo, que no puedo engañarme. Las desgracias han extinguido para mí toda otra pasión que la del puro y divino amor de padre y hermano. Su padre es el mío, y algunas veces hasta llego á creer que se parece al que me dió el sér, quizás porque todos los padres se asemejan cuando sonríen á sus hijos. En cuanto á Regina, he hallado en ella el consuelo que me faltaba. La veo con frecuencia, y siempre tengo que admirarla, porque siempre encuentro en ella compasión á mis penas é interés por mi porvenir. La nombro mi hermana, porque no conozco otro nombre más dulce para con Regina. Sin embargo, algunas veces me olvido y la llamo mi ángel, pero ella se enfada, y por nada quisiera incomodar á la que nunca me incomoda. Además, para el cristiano, hermano significa amor, como ángel representa veneración; por eso Regina, que sin impedir mi respeto atrae más mi cariño, tiene derecho á que la llame mi corazón ántes que la apellide mi obediencia.

IV.

Hace tres meses que no escribo, por lo mismo que soy dichoso. Mi corazón ha podido sostener la tranquila felicidad que

poseo, sin necesidad de hablar en este diario, y así como sus hojas me eran precisas para depositar mi amargura, ahora la casita del valle vecino es el libro donde á la vez leo y escribo páginas llenas de encanto. Sin embargo, hoy suspendo mi silencio por temor. Ha reposado mucho mi mala suerte, para dejarme tranquilo soñar en un bello porvenir, y aunque sólo escriba aquí dolores, también la desconfianza, que es un dolor, debe anotarse. Soy dichoso con ver todos los días á Regina, con leerla capítulos enteros de los libros que más la gustan, con ayudarla en el cuidado de su jardín, y con admirarla rodeada de bendiciones por su caridad, bendiciones que agradezco como si á mí se dirigieran. Así, sin desear nada, sin acordarme más que del presente, paso las horas y los días ocupado en amar, sentir y agradecer; pero llega la noche, abandono á Regina, y al volver á mi casa entre tinieblas, guardando en la memoria una querida imagen, pero teniendo sólo á mi alrededor silencio y soledad, cuando me encierro en mi habitación, desnuda de afecciones, de recuerdos, del presente mismo que he dejado tan bello un poco ántes, pienso primero en lo largas que son las noches, y después en lo breve que es la dicha. Pienso que el pajarillo que ayer cogí alegre y confiado, ha aparecido hoy muerto en su jaula; que el rosal que hace dos días ostentaba sus rosas á docenas, esta mañana, falto de riego, ha abandonado sus flores y sus hojas cansado de su mismo verdor; y que, como ellos, yo un tiempo fuí dichoso al lado de mi madre, y luego desperté solo y sin el consuelo siquiera de soñar; porque la desgracia es más visible que la dicha y no permite el olvido. Todos estos pensamientos, exagerados quizás, pero no locos, me atormentan tanto, que vuelvo á la desgracia con la idea sólo de que pueden abandonarme mis nuevas afecciones. Así paso muchas noches; el afán de desechar tan tristes presagios acelera mi despertar; y apenas el primer pajarillo saluda al día tras de mi balcon, ya vuelo á la casita del valle, donde me espera el ca-

riño de mi nuevo padre y hermana. Con ellos olvido mis temores, y pasa otro día, tan corto para mí como una hora ántes de conocerles. Sin embargo, los días, por muy cortos que me parezcan, traen á mi corazon tanta dicha, que los temores de la noche no consiguen hacerme olvidar que soy tan feliz como se puede serlo en el mundo, porque la desconfianza, mi única inquietud, se coloca siempre junto al dichoso, para recordarle que esta vida no es su centro.

V.

Vengo tan conmovido, que no sé si podré expresar todo lo que siento en este papel. Si pudiera volcar en él mi corazon, no habria páginas más elocuentes y sentidas; pero ¡ah! el lenguaje siempre es inferior á la idea. Ésta, al ver la luz, se desfigura, pierde su sencilla grandeza, convirtiéndose, ora en ingeniosa, ora en vulgar, y el que ha creado tan pequeña frase de tan grandes sentimientos, ó bien maldiciendo á la pobreza de las lenguas, rompe lo escrito, para no escribir más, ó bien se resigna, como yo ahora, á ver trasformada toda la poesía que llena su alma en frases que lo mismo expresan el sentimiento que el ingenio, y que acaso éste sabe mejor decirlas, por lo mismo que no las siente.

Esta mañana muy temprano volví á casa de Regina y no la encontré. La puerta estaba cerrada, y la voz de mi hermana no me recibía cantando como otras veces. No estaban allí; porque, así como en el bosque sólo reina el silencio cuando el ruiseñor se ha marchado, así aquella casa sin vida denotaba su ausencia. Por vez primera aquellos lugares no colmaban mi dicha. Llamé, sin embargo, pero nadie me contestó; busqué por todos lados algo que me indicase dónde se habian ido. Entre las rejas de la ventana vi un papel. «Hemos marchado, decia, á orar por mi madre; estamos en el cementerio.» Corriendo volví á desandar el camino, crucé la aldea y llegué al campo santo, situado en

una hondonada y adornado con algunos sauces, cuyas largas ramas besaban las sencillas tumbas. En un rincón había una cruz rodeada de una guirnalda de flores frescas; dos personas rezaban ante ella arrodilladas; las adiviné quizás ántes que las vi. Tal era su fervor, que sus oraciones llegaban á mis oídos; me detuve y las acompañé en sus ruegos. Jamás las sublimes frases con que el hombre habla con Dios tuvieron para mí tan amoroso sentido. Gozaba pronunciándolas al par que Regina, como gocé cuando mi madre me las enseñó. Si como tantos otros las ignorase, toda mi dicha hubiérase convertido en dolor de no saberlas. Después con paso lento salí del cementerio, y andando junto á la tapia, me detuve en la esquina para estar más cerca de ella sin que me viese.

Desde allí la oía como si conmigo hablase. Me senté en una piedra, y escuchando aquella voz tan dulce y querida estuve mucho tiempo. Aquel murmullo que á la vez llevaba una súplica al Eterno y un recuerdo á una madre, llegaba á mí amoroso como un pensamiento y humilde como un ruego. Yo quería no respirar para no perder su sonido, y sin embargo, mi corazón cada vez latía más fuerte. Cuando me despertó el silencio levanté los ojos, y á lo lejos vi un hombre que subía la cuesta de la aldea. Como la tapia del cementerio no era muy alta, me subí á la piedra y miré. Regina estaba sola llorando. Creyendo que nadie la veía, tenía sus bellos ojos levantados al cielo sin temor de llorar, porque sólo á los mortales se ocultan las lágrimas. No rezaba ya con palabras; pero, ¿qué es el llanto ante una tumba, sino una oración que se olvida del lenguaje? Temeroso de turbar sus recuerdos, hice un esfuerzo para no saludarla, y esperé mirándola á que ella me reconociese, porque yo no soy nadie para interrumpir á un ángel que habla con Dios. De pronto, ¡oh! por aquel instante diera toda mi vida, mi nombre salió de sus labios, y yo, sin poder contenerme ya, grité: «¡Regina, Regina, aquí estoy!» Al oírme bajó los ojos

avergonzada, y su linda cara de azucena trocóse en rosa. ¡Oh! nunca la vi tan encantadora como en aquel momento. Un segundo despues estaba junto á ella trémulo, vacilante. «Gracias, gracias», la dije, y caí á sus piés. Entónces ella me señaló la cruz y me dijo: «Hermano, nuestra madre quiere que recemos, y para esto te llamé; que ante ese sepulcro debe callar nuestro cariño.—Y ¿por qué, la respondí, un amor que envidiarían los ángeles ha de ocultarse junto á otro recuerdo de amor? Tu madre, Regina, que está ya en el mundo en que se conocen las intenciones, ve las nuestras, y nunca vió otras más puras; ¿por qué, pues, no he de abrir mi corazon, que está diciendo: Regina, yo te amo; Regina, yo te adoro.—Calla, Luis, hermano mio, calla», me interrumpió ella mirando á su alrededor con espanto. «¡Oh! sufro mucho», continuó, dejándose caer de rodillas. «¡Dios mio! ¡Dios mio! ten piedad de mí.» Yo estaba sorprendido al oír sus palabras. «Regina, Regina, ¿qué tienes» la dije; pero no pude continuar, porque oí detras la voz de su padre, que me decia: «Buenos días, Luis.» Volví la cabeza cuando entraba por la puerta del campo santo. Parecia muy contento, y traía una carta en la mano, que me enseñó diciéndome: «Luis, vamos á ser muy felices, y V., que tanto se interesa por nosotros, lo será tambien.—Regina, siguió dirigiéndose á su hija, te he esperado ahí fuera mucho tiempo; basta de rezar, hija mia; tenemos que arreglar la casa para mañana, y quiero que te pongas muy bonita.—Pobre niña, dijo, mientras Regina se levantaba lentamente, estás pálida; ya se ve, la emocion es á veces tan peligrosa como la pena. Si tu madre viviese, todo hoy sería felicidad; pero Dios ha querido que el dia tan esperado sea á la vez aniversario de su muerte.» Al concluir lloraban los dos. Yo, que ansiaba saber lo que sucedía, no me atreví á interrumpir sus lágrimas, y callé la secreta inquietud que, á pesar mio, me dominaba. Cuando salieron hácia la aldea les acompañé, y aprovechando un momento en que se

adelantó su padre, no pude contenerme y pregunté lo que sucedía á Regina. ¡Oh! sus ojos, al contestarme, me indicaron que era una desgracia para mí; pero sólo me dijo estas palabras, que ahora mismo repito, sin saber si debo reír ó llorar: «Luis, ni tu estás tranquilo para saberlo, ni yo tengo fuerzas para decírtelo. No vengas hasta mañana á casa; entónces lo sabrás.»

Por primera vez, desde que la conozco, paso el dia solo. Ahora, que me destroza la duda, ella podia consolarme, y no lo hace. ¡Muy grande debe ser la causa para que Regina, que nada me oculta, no me desengañe! ¿Qué será? pregunto en vano, pues sólo me responden mis temores, ávidos, cual nunca, de mi dolor. Quiero desecharlos y no puedo. ¡Oh! ¿cómo me ha de ser indiferente lo que sucede, cuando ella lloraba? Ella, mi hermana, mi vida, mi pasión, no puede olvidarse de que la adoro, ¿y por qué ha de llorar, sino por el amor amenazado? Pero, si algo me amenaza, ¿qué es, Dios mio! ¿Qué puede ser, que merezca su aflicción? la muerte..... junto á ella, no la temo; la separación..... ¡Oh! si ella se marchára, ¿qué sería de mí? Mas no puede ser, porque en toda la tierra no hay sitio oculto para el que ama como yo. ¡Qué será, pues, Dios mio, qué será!

VI.

¿Por qué se me despedaza el corazón? Porque echo de ménos el dudar de anoche. ¡Oh! hay algo peor que la duda, algo peor que la completa desgracia, y es lo que me sucede. Ser muy desgraciado, ver en la muerte el único porvenir consolador, cuando ella ni se marcha ni yo me muero, cuando yo puedo seguir viéndola todos los dias y casi á todas horas, es morir ante la vida serena, es ahogarse en un mar de cristal. Si yo pudiera reunir mis recuerdos para por ellos lograr saber lo que en mí pasa, al ménos la inteligencia alternaría con el sentir, porque es bien triste padecer sin saber por qué se pa-

dece. Lo intentaré, escribiré en este libro paso á paso mis impresiones de hoy, y donde no pueda continuar, allí buscaré la causa de mi desdicha, que allí estará.

Esta mañana, apénas me levanté, marché á casa de Regina. Me esperaba en su jardín, sentada en un banco. Otras veces siempre que nos veíamos corria hácia mí, y en seguida juntos comenzábamos las faenas del día, ya sembrando nuevas plantas, ya regando las flores mustias, que al contacto del agua erguíanse brillantes. Ahora llegué junto á ella sin que me viese. Tenía sus bellas manos entrelazadas, su cabeza caida sobre el pecho y sus ojos cerrados. Me pareció que dormía, pero sentí moverse sus labios y oi estas palabras: «Pablo, Pablo, déjame.» Al principio creí oír mal, pero no, no habia duda, eso habia dicho. Al momento sentí como una llamarada que me subía á la cabeza. Vacilé y tuve que apoyarme en un árbol para no caer. En aquel instante vi venir á su padre, acompañado de un desconocido, y oí que me decia: «Luis, este caballero es el prometido de mi hija, que vuelve de América á casarse con ella; ¡oh! si mi esposa nos viese hoy, á él, rico y poderoso, ofrecer todo lo que tiene á la que le ha esperado por tanto tiempo, no habria día más feliz para ella, que siempre deseó casarlos.»

No pude oír más, ni sé lo que dije, sólo recuerdo que huí por el campo, deseoso sobre todo de apartarme de allí. Ahora aún no me explico lo que he hecho. Les he debido parecer un loco, y en verdad dudo si lo soy. ¡Qué cosa más natural que esa union entre dos jóvenes que se conocian y quizá se amaban desde pequeños! ¿Por que lloro yo la felicidad de mi hermana? ¿Por qué mi corazon se despedaza cuando descubro un nuevo y risueño porvenir para Regina? Si la amo tanto, ¿por qué dolerme de su ventura? ¿Será mi cariño egoista? ¡Oh! no, que todo lo que para ella se llama felicidad es para mí placer. Todo ménos ese casamiento, cuyo solo anuncio me mata. Me mata, y

áun no he averiguado cómo; este sentimiento es nuevo para mí, que sólo he querido á mi madre. Sólo sé que no se parece en nada á aquél. No puedo escribir mas, lloraré; en la soledad es permitido llorar al hombre, y quizá con mis lágrimas broten mis dolores para que yo los vea.

VII.

Hace tres dias que no salia de casa; he buscado consuelo en el olvido; pero si la llevo en el corazon, ¡cómo olvidarla! Esta tarde, no pudiendo contener mi deseo, he corrido á su valle. Si he de padecer viéndola con su prometido, al ménos la veré, me decia; porque estaba como el sediento, que falto de agua dulce, se arroja al líquido que encuentra, aunque sepa que allí está la muerte. Al descubrir su casa, ansioso de mirar lo que no queria ver, me detuve, y á lo léjos distinguí dos personas. Una de ellas era Regina; mi amor la reconoció ántes que mis ojos. La otra me inspiró ódio, envidia, celos ya; desde entónces todo lo he descubierto. Mi amor no es sólo el cariño tranquilo y dulce de hermano. ¡Desgraciado de mí! le he permitido apoderarse de todo mi sér, engañado con una palabra que me arrojó para conservar mi ceguera. La llamó hermana mi voluntad, y yo, orgulloso, creyendo hallar lo que Dios me ha negado, desconocí que el hombre no puede apellidar como quiera sus sentimientos. Así ahora veo desarrollarse mi pasion del mismo modo que en un incendio se alza amenazadora la llama un segundo despues de haberse prendido un grano de pólvora, ó como una pequeña nubecilla en el horizonte de un mar tranquilo trae á pocos momentos la furiosa tempestad que anega al bajel confiado. Cuando me reconocí enamorado y celoso no tuve valor para continuar mi marcha, y loco, calenturiento, entré en mi cuarto jurando no volver á verla, ya que mi amor ante los sacrificios y

la constancia del de su prometido sólo tiene el triste derecho de ocultarse.

VIII.

A pesar de mi juramento, la he visto y Dios no me ha castigado. Estaba sola y tan hermosa, más pálida que de costumbre, pero brillando sus negros ojos en su blanco semblante, como fuegos encendidos en la nieve, que no pude resistir todo el peso de mi amor y me arrepentí de verla, pues léjos de Regina los celos, esas espinas de la pasión se amortiguaban, mientras que entónces tenía que pensar en la felicidad de su prometido, que es mi desgracia.

Regina me vió, y sus ojos se fijaron en los míos hasta que llegué á su lado. Entónces noté que la sonrisa que siempre la acompañaba era ahora más bien una contracción de su linda boca que no una manifestación de alegría. ¡Oh! el hombre es muy egoísta; yo casi me alegré de su tristeza, porque me creí su causa.

«Buenos días, Regina, la dije, aparentando tranquilidad.— Buenos días Luis, me respondió ella, tendiéndome una mano, que yo estreché entre las mías convulsivamente. No pude decir más, porque mi garganta se negaba á articular sonidos. Era tan grande mi emoción al volver á aquellos sitios de recuerdos tan dulces, que mi silencio tenía mil veces más elocuencia que las palabras. Regina, tan expansiva siempre, callaba también ahora, pero yo no podía adivinar por qué. Al fin hice un esfuerzo y la dije con una tristeza que no pretendí disfrazar, porque toda mentira para con ella me parece un crimen. Ya sé que se casa usted, Regina, y le doy por ello mi enhorabuena.— ¡Oh, todavía no! respondió precipitadamente, y volvió en seguida la cabeza á otro lado. Por muy pronto que lo hizo, vi que lloraba, y entón-

ces no pude más, me arrojé á sus piés, tomé una de sus manos y dejé hablar á mi corazón.

No sé lo que la dije, ni aún entónces lo sabía, porque dejaba suspirar á mi alma, y estos suspiros brotaban de mis labios convertidos en frases. ¡Oh! aquellas preciosas lágrimas me probaron que mi cariño no se había dedicado á un ingrato, y yo estaba reconocido y enamorado con ese amor inmenso, que sólo merece Dios.

Regina seguía llorando y yo gemía y hablaba á sus piés como hablaría con mi madre si desde el cielo se me apareciese, como suspiraría con un ángel que viniera á consolarme. Entónces era dichoso; aquel momento de dulce expansion me indemnizaba de antemano de todo el dolor que me prepara el porvenir. Volvia á encontrar aquel precioso cariño de que yo con tanta injusticia había dudado. Regina lloraba por mí, y esto bastaba á mi felicidad. Su alma es y será siempre mia; lo mismo de léjos como de cerca se encontrarán nuestros pensamientos, pues para ellos nada vale la distancia, y aún bajo el trono de Dios, donde sólo penetra la esencia, nuestra union será eterna, porque ya somos sólo un alma en dos cuerpos.

Estaba aún de rodillas, cuando oimos un pequeño ruido del lado de la casa. Entónces Regina levantó sus bellos ojos, velados aún por sus lágrimas, y me dijo con voz suplicante: «Véte, Luis, véte para siempre; no vuelvas más aquí; pero está seguro de que mi amor te pertenece, y nunca dudes de él, porque será lo mismo que dudar de Dios.»

Yo me levanté para cumplir aquel deseo de mi ángel. Ella lo quería; no me cabía otra cosa que obedecer. Regina me inspira el cariño más grande y á la vez el respeto más absoluto. Si hubiera sido pagano, la hubiera adorado como diosa, aunque de seguro no hubiera podido amarla más que ahora.

Antes de marcharme cogí su mano y la besé con frenesí; pero ella fué más generosa y apoyó sus labios contra los míos.

¡Oh! aquel beso no era una falta, no; era el beso de una madre al cadáver de su hijo. Era la despedida de una hermana al abandonar para siempre á su hermano idolatrado. Era el aliento de un ángel que Dios nos lo envía para que no desesperemos. Yo lo recibí con enajenamiento celestial. Aun ahora lo siento en mis labios, y quisiera morir sintiéndole, para no abandonar su impresion sino con la vida.

«Adios, me dijo entónces, que viene Pablo; y con triste y resignada sonrisa me despidió. Yo miré un momento á su prometido, y resuelto á que el pobre jóven nunca adivinára nuestro amor, ya que por su constancia merece ser feliz, me oculté y luego marché á mi casa.

Aquí á la vez suspiro y rio, tiemblo y estoy contento. Al perder á mi Regina, si á la vez conservo su amor, tambien necesito devorar mis celos, sin poder á nadie pedir justicia, porque no la tengo para las leyes de los hombres. Tal es mi estado, que un minuto despues de esperar desespero. Por eso, si en este manuscrito me contradigo á cada línea, culpa es de mi pensamiento, que cual las olas del mar choca y rompe con sus propias ideas, y vacilante entre el temor y la alegría, pasa penando el tiempo que para su dicha debiera pasar recordando. ¡Oh! si el recuerdo último se fijára en mi cerebro como algunos se conservan tenaces en la locura, á Dios pediria que me volviese loco para sentir siempre aquel beso, y sólo aquel beso; porque poder pensar en el porvenir despues de gustar aquel segundo de delicias, es caer en el abismo cuando ya se ha colocado un pié en la cumbre que nos ha de salvar.

IX.

He estado una semana sin salir de casa, pasando los días, ora en soñar, ora llorando. La estrechez de mi cuarto me ahogaba, pero á la vez mi debilidad me vencía, y aunque deseaba res-

pirar aquel aire tan puro, del que sólo distaba unos pasos, permanecía quieto como el ave moribunda que ve abrirse las puertas de su jaula un momento ántes de espirar, mira al campo, endereza su cuerpo pesado, contempla á sus compañeras volar alegres y veloces; pero luégo, en lugar de aprovecharse de su soltura, vuelve á dejar caer su cabeza y muere cuando todo la convida á vivir. Hoy, al fin, he salido, despues de resolverme con un penoso esfuerzo. Luégo he caminado á la ventura; he subido una pequeña montaña que domina á mi casa. Desde allí se descubre un gran horizonte; pero yo no he visto más que un punto blanco en el valle vecino. Allí donde mi vista se declaraba vencida, comenzaba mi pensamiento su carrera, traspasando las paredes y buscando con avidez otro pensamiento que respondiese al suyo. Apenas aquella casita ocupaba un espacio en tan inmenso panorama, y sin embargo, ella sola llenaba todo mi corazon. Dentro, mi alma descubria á su compañera. Regina estaba allí, yo la veia, yo la hablaba, yo la contemplaba bella como el dia, con sus negros ojos abrasándome de amor, con su dulce sonrisa alentando á mi respeto. Misteriosa union de dos almas, que se buscan y se encuentran en un punto que ni el astrónomo ni el géometra pueden hallar. Por ella áun vivo; que si no hace tiempo hubiera preferido á los dolores de esta vida las tinieblas de un mundo que se desconoce. Pero si el castigo es ley eterna y nuestra existencia no nos pertenece, si yo me la arrancára, la pena de mi culpa me separaria de Regina para siempre. Esta sola idea basta al que ama y cree para respetar su cuerpo, aunque le odie y desee morir. De este modo, ¡cuántos encontrarían consuelo donde sólo ven desesperacion! Pero Dios es justo, y á los que le desconocen abandona, así como nunca desampara á los que en él confían.

X.

En esta semana Pablo será esposo de la que tanto amo, y yo quedaré solo con mis recuerdos y mis amarguras. El que más teme una desgracia es quien ántes la sabe; por esto ha llegado ésta á mi noticia tan pronto. Ahora que no hay remedio y que he dejado pasar las ocasiones de descubrir mi amor á su padre, ofreciéndole, en cambio de la mano de su hija, mi vida entera, me avergüenzo de mi debilidad. En vez de hablar he callado, en vez de luchar he cedido, pudiendo alcanzar la victoria, y sin embargo, su casamiento con otro es mi muerte, porque muerto queda el que sin ilusion ninguna vive. ¿Por qué, pues, no luché? ¿Por qué, aún ahora, cuando cada minuto al marcharse se lleva una esperanza, no corro á deshacer ese enlace, diciendo á Pablo : «Regina me ama y sólo conmigo podrá ser feliz?» ¡Oh! malditas consideraciones, que detienen al amor. Ni aún en estos momentos puedo librarme de esas mil pasiones que aprisionan nuestra voluntad. Y á pesar de todo el hombre se llama libre. ¿Dónde está esa libertad cuando más la necesito? ¿Qué valen las riquezas de Pablo para contenerme? ¿Qué la resignacion de ella á ese enlace? No debiera romper por todo mi pasion; ¡oh! mucho deben valer, pues no puedo vencerlas. Ante sus riquezas se alza mi orgullo, ante su resignacion mi amor propio, ante el placer de su padre mi vergüenza de destruirle. Son demasiadas ayudas á mi debilidad, para poder vencer. Hay momentos en que una catástrofe pudiera prevenirse si dos voluntades que lo mismo desean se franqueáran mutuamente; pero callan, la catástrofe llega y el resultado es una desgracia eterna. ¡Si ella una vez sola me prefiriese á su padre! Si tan sólo me dijera : «no quiero casarme», yo haria lo demas; pero no me hago ilusiones : veinte veces nuestra felicidad pende de un hilo, y veinte veces el desgraciado le corta. Si mis pre-

sagios se cumplen, despues de su casamiento marcharé léjos, muy léjos, donde solo mi dolor me recuerde á Regina. Antes no tengo fuerzas para dejar estos sitios. Como el pobre pájaro ve desde lo alto, estremeciéndose, fija en él la mirada de una serpiente, y en vez de huir, se precipita él mismo en su boca, ó como el hombre desde la cima de un monte contempla debajo el abismo con creciente atraccion, y cuanto más le mira, más le vence ese funesto deseo, hasta que al fin se arroja en brazos de la muerte; del mismo modo yo, que huyendo hoy puede ser encontrarse alivio, suspendo voluntariamente mi marcha hasta que, destrozado el corazon, no encuentre jamas descanso. A esto llaman misterios del corazon por no confesar que somos muy débiles con nuestras pasiones.

XI.

Hoy se casa Regina; dentro de pocas horas comenzará mi eterna noche. El cielo está oscuro, surcado por negras nubes, el aire es frio á pesar de la estacion, los pájaros se ocultan entre los árboles como las flores entre las hojas. Todo presagia una tormenta, y sin embargo, no es posible que sus estragos igualen á mi dolor.

No puedo escribir más; necesito ver hasta el fin, porque me devora la impaciencia. Luégo depositaré en este libro gota á gota mi amargura; que no me ha de faltar tiempo.

XII.

Todo acabó para mí; hace algunas horas áun dudaba, pero ya la esperanza, la sola compañera del desgraciado, me abandona para siempre. Desde esta mañana muy temprano he estado oyendo el rápido y alegre són de la campana del pueblo vecino. Nunca el anuncio de la muerte me causó tanta pena como

sus ligeros volteos hoy. Cada uno de ellos heria mi corazon y le destrozaba sin piedad. Esa voz, siempre augusta, era ahora un cruel enemigo de mi reposo. En el egoismo de la desgracia llegué á creer que se burlaba de mi dolor, sin acordarme de lo pequeño que es el hombre para que la naturaleza se ocupe de sus quebrantos ó alegrías.

Cuando ya el sol parecia tocar la cima del monte que á mi izquierda se alza, salí de casa y marché á la iglesia. Crucé el pueblo y entré en ella. El altar mayor estaba más iluminado que de costumbre. Yo me arrodillé en la parte más oscura, detras de unos pilares, y quise rezar; pero no podia más que ver. Luégo oí algunas voces y vi entrar á Regina, acompañada de Pablo, su padre y algunos aldeanos. Su traje era el mismo que llevaba todos los dias de fiesta para oir misa. ¡Cuántas veces aquel mismo traje fué testigo de mi admiracion y mi contento. Ahora era testigo de mis lágrimas y suspiros. Aquel hombre que iba á su lado satisfecho y alegre, comenzaba á labrar mi desgracia á cada paso que adelantaba en el templo. ¡Oh! nunca podrá existir la felicidad en un mundo donde la dicha de los unos consiste en la desesperacion de los otros. ¡Y áun queremos llamarnos hermanos! ¡Será posible que Pablo lo sea mio; él, que me roba á Regina; á Regina, cuyo solo nombre me es más dulce que ningun otro pensamiento! Ella estaba pálida; pero tan hermosa, que al verla cuando la iba á perder para siempre, tan digna de ser amada, reconocí cuánta audacia fué la mia al desear asistir á aquella ceremonia, que Dios instituyó para santificar el amor; pero en la cual los hombres crueles se olvidan del cariño para que triunfen otras ménos nobles pasiones.

Pronto llegaron al altar y se arrodillaron ante el sacerdote. No vi mas; mi vista se desvaneci6 y por unos instantes pude olvidar lo que allí pasaba. Un torrente de lágrimas brotaron de mis ojos, agolpándose para salir más aprisa. Sin aquel des-

ahogo, que me enviaba Dios, hubiera muerto allí; pero aún no era tiempo de acabar con mis penas. Instintivamente miré al altar cuando el sacerdote bendecía su union. Aquél era mi último golpe, pero casi no lo sentí despues de tantas emociones. Cerré los ojos aturdido, y sin saber lo que me pasaba, estuve hasta que, no sé cuándo, la voz del sacristan me despertó, invitándome á salir para cerrar la iglesia. Salí apresuradamente, corriendo por el campo como un loco. La costumbre sólo me ha hecho acertar con el camino de mi casa. Esta noche la pasaré fuera de aquí. Estas paredes me agobian con su silenciosa elocuencia. Cuando volvía de verla me parecian tristes por lo que callaban, hoy son horribles porque me recuerdan demasiado.

XIII.

Ántes de abandonar para siempre este pueblo, donde creí que no se podia padecer, quiero escribir las últimas impresiones de un loco, que merece compasion, si álguien la merece en el mundo. Voy á contar desde el principio esta historia de una mañana; historia que encierra todo mi porvenir, como una semilla encierra una planta. Anoche salí de casa, y sin sentirlo me encaminé á la suya. Poco ántes de llegar conocí mi error, y quise huir; pero era ya tarde, pues ya la distinguía y nunca su vista me atrajo como ahora. Todavía por una de sus ventanas entreabiertas se escapaba un rayo de luz, único faro de consuelo. Corrí hácia él; mas luégo desapareció y quedé bajo sus ventanas, envuelto en las tinieblas de la noche. Aquel débil reflejo alumbraba mi alma. Lo vi desaparecer con el desaliento del condenado cuando mira huirse la última esperanza de perdón. Me dejé caer en un banco, pensando que á pocos pasos estaba la felicidad y comparando cuán cerca del luto se hallaba la alegría. Entónces tuve deseos de que ahora me arrepiento. A punto estuve de gritar, porque estaba seguro de que mis gri-

tos serían oídos, y sólo huyendo y refrescando mi frente calenturienta con el rocío que la noche me enviaba, pude resistir á esa tentación, preliminar de otras muchas cuyo fin no veía, pero que me arrastraban con una violencia casi invencible. En estas horribles luchas, en que por una parte batallaban mis pasiones y por otra mi conciencia, pasé lo restante de la noche. El día me halló rendido, medio echado en el banco junto á la puerta, débil sí, pero despierto y sin sueño. Al ver clarear los campos con la blanquecina luz del alba, un grito de rabia se escapó de lo más profundo de mi pecho. Era la última voz de los celos, exhalada por un tardío arrepentimiento de mi prudencia. Ahora me avergüenzo de aquel grito, porque él sólo encerraba un poema de malas pasiones. Pero acaso merezco perdon. ¡Era tan desgraciado! Un rato despues oí abrirse la ventana de su cuarto; alcé la cabeza y la vi asomarse; mas cuando ella me vió retiróse enseguida, y aquello, que yo taché de indiferencia, acabó de exasperarme. Marché á su jardín, y tomando la venganza de un niño, fuí arrancando una por una las flores que otras veces la ayudé á plantar, y luégo me senté en un banco cansado ya de tanto sufrir. A poco oí un pequeño ruido. Era Regina, que componia en silencio lo que yo destrocé. «Regina, la dije, levántandome y acercándome á ella, ¿vienes á insultar mi dolor, tú, que ántes te separaste de la ventana por no verme? ¿Acaso ya no merezco nada?» Iba á proseguir; pero calmaron mi cólera las lágrimas que corrian por sus ojos. Regina lloraba; era más de lo que yo podia ambicionar. «Perdon, la dije, perdon por Dios; que si tú no me perdonas, me creeré maldito para siempre.» Y al concluir comencé á llorar como ella. Toda mi exaltacion habia desaparecido con su llanto; sólo me quedaba tal desconsuelo, que sentia rompérseme en el pecho el corazón. Entónces oí su voz, dulce como la primera palabra de un niño, que balbuceaba: «Luis, ¿y tu promesa de marcharte? ¿y tu respeto á la esposa de Pablo? ¿Soy tan poca cosa para tí, que vie-

nes á insultar mi obediencia? Véte, Luis, véte para siempre; te lo mando; te lo suplico, continuó, dulcificando aún más su voz. Tú eres bueno, y si me amas, no querrás la deshonra de la pobre Regina.—Es verdad, la respondí, temblando á la vez de amor y emocion. Tienes razon, porque ya ni me es permitido amarte. Esa ley bárbara y egoísta me manda olvidar, como si fuesen arena nuestros sentimientos, que se arrojáran al aire cuando se quisiera. ¡Oh! dejarte de ver, olvidarte, nunca, nunca, porque sería lo mismo que destruir lo pasado, lo mismo que detener al tiempo. Sólo hay un medio, continué estremeciéndome, un medio infalible de abandonarte para no verte nunca.» Enseguida, medio loco, eché á correr; pero á los pocos pasos me detuve. Mis piés se negaban á sostenerme, ardía mi cabeza y sentía tal opresion en el pecho, que apenas podía respirar. Dí gracias á Dios, que me libraba del suicidio, enviándome ese mal terrible que no tiene cura. Yo, además de sentirlo, lo veía también en la sangre que arrojaba por mi boca. despues quedé más aliviado, aunque muy débil. Al levantar la cabeza vi á Regina otra vez junto á mí. En su pálido semblante estaba pintado el temor y el sufrimiento. Sus lágrimas humedecían una de mis manos, que tenía entre las suyas. «Luis, me dijo, Luis, si el amor puede ser exigente, júrame, te lo suplico, que no atentarás contra tu vida. Si tú murieras, continuó en voz baja, moriría yo también. Por tu madre, que nos oye desde el cielo, te pido que vivas para..... amar para..... ser amado de Regina.» Yo estaba estasiado como si una voz celeste me hablase. Aquellas frases tenían para mí un encanto sobrenatural, divino. Lleno de respeto, juré lo que ella quiso. ¡Oh, dichosa sangre vertida, tú fuiste la causa de las palabras de mi ángel! Bendita seas mil y mil veces. Enseguida que juré, ella hizo un movimiento para desprender sus manos de las mías; pero yo las tenía agarradas con fuerza. «Regina, la dije, tú eres mi vida, mi Dios, mi universo; sin tí ni aún me reconozco, y sin em-

bargo, te voy á perder. ¿No merezco nada en este supremo instante.» Ella no me respondió, pero con un movimiento rápido é instintivo se echó en mis brazos. Yo la apreté contra mi corazón, besé una y mil veces su boca, sus ojos y su rubio cabello, y enseguida abandoné á Regina, que huyó para siempre de mi lado.

Voy á vender mi casa y mis tierras para irme á vivir muy léjos, porque ella lo quiere; pero áun no sé dónde. Un enfermo que vive de lo pasado sólo necesita una cama y sirvientes desconocidos. Éstos, con su indiferencia, no retardarán el fin que tanto espero. Como el peregrino ansioso de llegar al término de su camino cuenta á cada momento los días que áun le faltan, y al par que su deseo quisiera convertirlos en minutos, cree en su impaciencia que nunca fueron tan largos, así yo seguiré paso á paso los estragos de mi enfermedad, inquieto, no por sentirlos crecer, sino por lo poco á poco que crecen. Cuando llegue el día del descanso, mi última palabra será para ella, para que al ménos, si paso á un mundo en que se olvida, miéntas mi voluntad pueda recordar, recuerde á Regina.

XIV.

Seis meses he pasado sin verla, y áun vivo. Seis meses, en los que cada día, cada minuto han sido para mí un recuerdo más y una esperanza ménos. Desde el día que dejé de verla vivo solo en el campo, en el norte de España, donde he comprado una casa, que es mi sepulcro de hoy, y un jardín, que será mi tumba mañana. Entre cuatro cipreses he mandado colocar una lápida, y debajo de ella se ha dejado un hueco en que cabe mi cuerpo. Nada más necesito para mi descanso. Sobre la lápida sólo se lee *Luis*, y en lugar de mi apellido he puesto la inicial de su nombre. El desconocido que lea esas cinco letras creerá que allí se encierra la modestia ó la locura. Sólo el que conozca

mi historia adivinará en aquella *R* un amor profundo y desgraciado.

XV.

Vengo de Aguas-Buenas, adonde me llevaron para que no muriese aquí; pero, gracias á Dios, vuelvo á ver mi casita y mis recuerdos. Aquí paso la mayor parte del tiempo, sentado en la silla en que mi madre acostumbraba á sentarse, cantando la misma cancion con que me adormecía entre sus brazos, ó bien de rodillas en su reclinatorio rezando lo que ella rezaba; ella entónces por mi vida y mi felicidad, yo ahora por su alma y su gloria. Otras veces canto la cancion de Regina cuando me conoció; pero siempre en uno y otro caso concluyo llorando. Es verdad que áun al principiar, mis cantos y rezos se parecen más á gemidos que el llorar de otros. Éstas son mis únicas ocupaciones. Sólo la venida del médico las interrumpe, pero se va pronto; me toma el pulso, me receta lo mismo siempre, y cada vez me encuentra mejor; son sus palabras, y él no sabe cuánta verdad encierran, porque mejor para mí significa que la muerte se acerca; y esto, no sólo lo siento yo, sino que lo veo en la ineficacia de sus medicinas, en la debilidad que cada vez se apodera más de mí y hasta en las palabras que el médico dirige á mis criados cuando creen que no les oigo. Si él supiera el efecto que me hacen, me las diria á mí mismo para mejorarme; pero no es posible que un indiferente me comprenda. En este mundo sólo el cariño adivina las penas del corazon, cuando la indiferencia ni áun se las explica.

XVI.

Hoy ha amanecido el dia triste y nublado. No puedo salir ya de casa; pero he abierto la ventana del jardin y me he sentado junto á ella, en la silla de mi madre. Estamos en prima-

vera, y sin embargo, me parece invierno. La nieve que falta sobre la tierra la siento yo aquí dentro. Pocas horas debo vivir ya; el médico quiere ocultármelo, y me habla de viajes y de mejoría. Yo sonrío y digo que sí á todo; pero no me engañan. En estos supremos momentos, en que nadie se equivoca, reconozco que la amo como siempre; mal digo, más que nunca, porque la voy á dejar. Hasta ahora, al respirar, espero que alguna partícula de mi aliento llegue hasta ella. Contemplo el sol y me caliento con gusto á sus rayos, porque sé que también á ella envuelve en sus resplandores. De noche busco en la luna y las estrellas un punto en donde nuestras miradas se encuentren; pero luégo, dentro de poco, no podré ver ni oír nada que ella vea y oiga; y si busca en la naturaleza un eco á mis suspiros, sólo se oirá aquí el ruido de una losa cayendo sobre mi cuerpo. Despues todo volverá al silencio, que un poco de tierra, al volver á la tierra, interrumpió. Regina, qué ignorará mi muerte, quizás pase alguna vez sobre mí, sin que mi cuerpo deshecho pueda repetirla mi amor. ¡Dios mio, qué triste es morir abandonado de todos! Sólo Vos, que sois el padre del huérfano y el consuelo del triste, me acompañais en mi agonía; ¡gracias, gracias! ¡Qué desgraciados son los moribundos que no saben hablar con Dios!

EPÍLOGO.

Aquí concluía el manuscrito. Junto con él venía una carta arrugada y manchada de lágrimas; decia así: «Luis, confío en que siempre me amas, y por eso estoy contenta.— Te escribo esta carta porque voy á morir dentro de muy pocas horas.— No me llores; voy á ser más feliz léjos del mundo que aquí abajo.— Nadie más que yo tiene la culpa de mi muerte. Yo sacrifiqué nuestro amor al deseo de mis padres; pero no me odies, que ya he pagado bien cara mi culpa. Mi marido, que en mis lá-

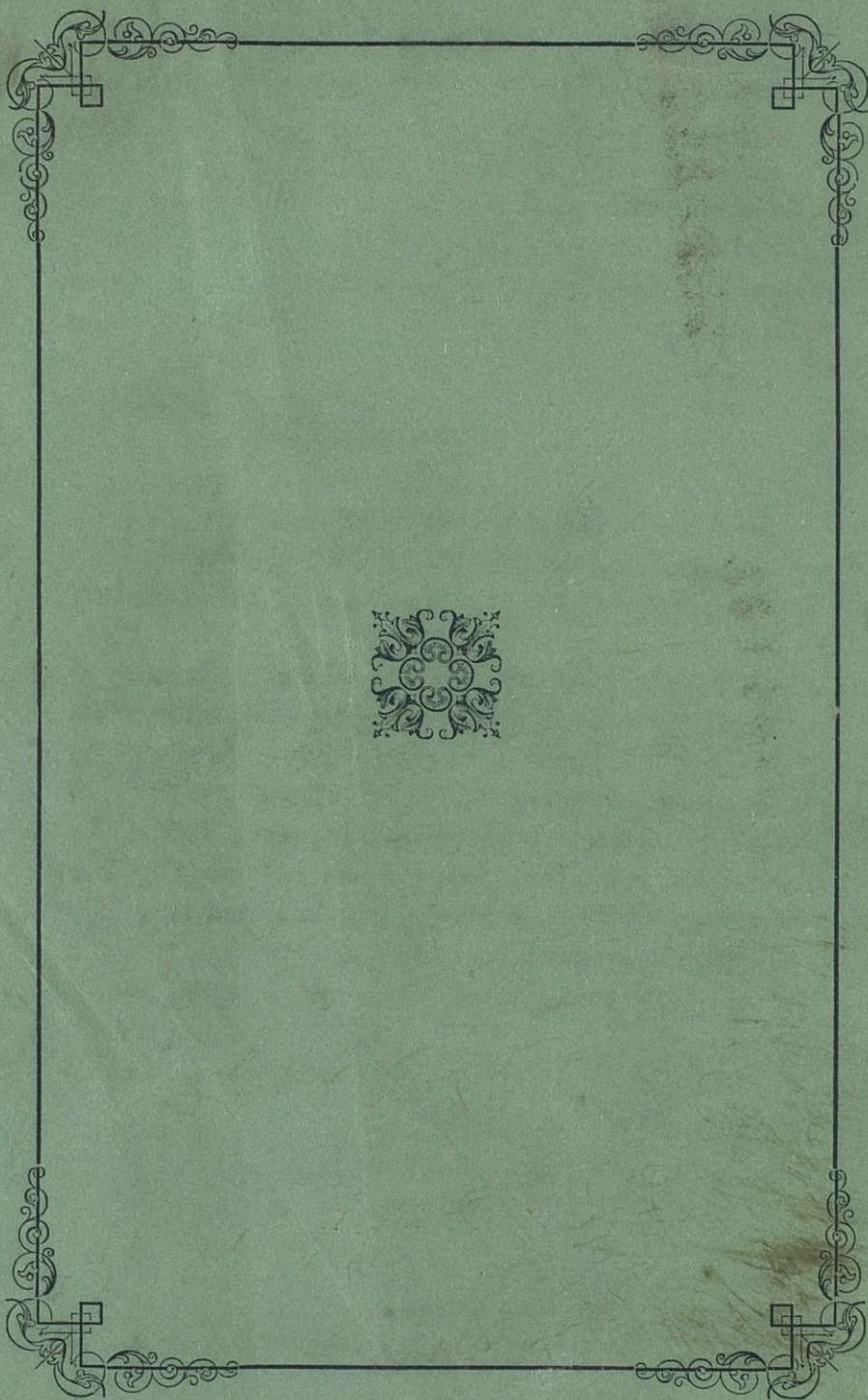
grimas descubrió nuestro amor despues de tu marcha, no ha conseguido hacerme dichosa, á pesar de sus bondades. Le estoy reconocida; pero á tí solo te amo. ¡Cuán dulce es, Luis mio, poder escribirte estas palabras: «Yo te amo»; palabras que hasta ahora ni áun me atrevia á pronunciar cuando estaba sola! La proximidad de la muerte acerca tambien la libertad, librándonos de lazos que sólo el creyente puede sufrir. Yo creo que no he faltado á ellos. Tu amor y mi deber han sido mis pensamientos más sagrados en esta vida. Ellos me matan, porque somos tan débiles, que resistir siempre equivale á morir pronto, y yo he luchado mucho, no para olvidarte, que me es imposible, sino para estar léjos de tí, sabiendo dónde estás. No puedo ya sostener la pluma, y áun tengo muchas cosas que decirte. ¡Quisiera escribirte tanto! pero no puedo más. No me olvides nunca.

—REGINA.»

En cuanto pude fuí adonde estaba mi amigo; la casa y el jardín tenían otro dueño, pero su tumba permanecia entre los cuatro cipreses. El jardinero me contó que ántes de morir Luis recibió la carta, y murió besándola y regándola con sus lágrimas.

Al fin he logrado comprar la posesion del pobre Luis. Tambien sé dónde está sepultada Regina, y espero trasladar su cadáver para que ambos duerman en paz bajo la misma losa. Sólo tendré que añadir cinco letras sobre ella.

FIN.



8
V
S